



MANUEL ROJAS

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ



ESTÁ hombrachón, de casi dos metros, moreno, caucoso, taciturno, es, sin duda, uno de los mejores narradores del continente; si no tuviera miedo al dogmatismo y sus errores, afirmaría que es el primero de Chile. Le faltan algunos defectos de otros, y algunas cualidades. Todo ello, lo necesario para que su obra pesa y lucea un carácter singular.

Desde luego, se trata de un personaje gorkiano. Por fuera y por dentro, destila ese aire entre concentrado y desprecupado, solitario y colectivista, individual y generoso de los tipos de Gorki. Su biografía se halla salpicada de episodios dignos de un cuento de 1905. ¿No se han fijado que los cuentos de 1905 poseen un impulso y una fisonomía muy peculiares? De ahí que, por ejemplo, cuando en "Hijo de Ladrón" suaya Rojas algunos soliloquios y evasiones introspectivas, ese Proust no le viene bien. Como que se perdiera el narrador de verdad. Nos parece como que la obra se hubiese escrito en un voluntario contrapunto. Se distinguen los hilos, hace falta la vieja unidad de "El Delincuente", de aquellas vigorosas "Luchas en la Bahía". Rojas, recordémoslo, es un poeta. No solo porque escribió versos. Porque sin versos, continúa rindiendo culto a la poesía en la vida y en sus libros.

Me ha tocado conocerle de lejos y de cerca. Lo primero, oficial. Este gigante tímido alvda. notitas de buen trato cuando se siente colchado. Una noche, en Puerto Rico, a una Universidad adscrit a una conferencia de Germán Arciniegas, se le veía tan atado, que no quiso mirar a nadie; se salió a trompicones, entre confuso y arregrante, por más que la acuciosa curiosidad de Enrique Espinosa tratara de enmendar los yerros. Pero en el trato diario es otra cosa. Claro que no, un docto de elocuencia. Las palabras le salen con dificultad. Muy a menudo como si gruñera. Los que le creen esquivo por orgullo, olvidan que toda la existencia de Rojas ha sido un trencante batallar contra lo imponderable. El otro día le pregunté por el año de su nacimiento: si no me equivooco, me contestó: 1891. Ya sabemos que nació en la Argentina, accidentalmente, pero toda su vida y su obra son chilenas. De muy joven ejerció diversos oficios. Se cumplió en él aquel destino amargo e incitante de los tipos gorkianos. Anduvo, anduvo... Dadas sus inenarrables sanciones, no precisó muchos pasos para alejarse. No salió de sí mismo. No ha sabido. Como sigue fiel a la parte sufrida de la humanidad, sus protagonistas continúan siendo delincuentes, vagos, gente de tamar y de canchales. Mar a tierra le da igual: El asunto, como en el

"Sombrá", de Gálardos, está en el terco "caminar..., caminar..., caminar".

Ahora Rojas ha anclado, y acaso allí resida una parte de su inadaptación. Rojas era obrero en 1920, cuando con José Santos González Vera, ese fino marqués laborista, historia al drama de la Federación de Estudiantes en Alameda con Alameda, bajo la amparaza de la "canalia dorada", según el léxico de un erudito de turno. No obstante, Rojas prepara cada cierto tiempo su partida. Veamos cuál es la próxima.

Rojas es hombre de contactos amigos, aunque de ancho mundo de conocidos. Perteneciente a una familia intelectual cerrada, que se cierra a diablo,



desentendiendo acaso de los demás. Cuando se ve a Rojas, no tarda en aparecer por allí Enrique Espinosa, y no falta González Vera, y a menudo asoma Enrique Montenegro, o, si se prefiere, al revés, o partimos por el medio. Los colaboradores de las revistas que frecuentemente pasan por trance semejante. Para un ser de tan complacida vitalidad limitación resulta increíble. Oenre, empero...

Recuerdo que, hace unos buenos quince años, o más, Rojas iba a la editorial donde yo trabajaba, para cuidar de su libro "De la Poesía a la Revolución". Se zambullía en el taller, sin muchos preámbulos. Parece que andaba a su gusto entre chibaletes y tipos de imprenta. Había sido obrero de ese rubro. ¿Qué más natural, cuando lo nombraron a la Editorial Universitaria? Dotado de un indudable espíritu estético, refinado, este granujón ama los detalles, las miniaturas literarias (¿y los otros?). Cuida con deleite de la presentación de sus libros. Nadie diría, viéndolo, tan distan-

te el rostro, morechalino, el ceño arrugado, medio como sonámbulo, pues de hamaresarse con los alicres suele olvidar el pavimento, nadie diría que este luchador en "relache" pudiera ser un poeta fino, romántico, y un prosador delicado.

Conserva de su juventud y de sus predilecciones de adulto, la afición a los cuadros y escenas amargas. No dolorosas, precisamente. Rojas huye de lo patético, como si le resultara fatal. Pero la alegría, cuando asoma en sus caras, apenas es una carejada pasajera, casi nunca una sonrisa trónica, de indulgencia, sí. Cuando se ha tenido contacto con las penas virtuosas, se pierde la posibilidad del suspiro y de la lágrima, pero también se niega uno de la ironía fácil. Empero, en la conversación, Rojas trata a menudo de resolver las contradicciones, con una frase mordaz que rara vez le sale festiva; por lo general, salitosa.

Rojas ha llegado a demostrar una prosa concisa, pintoresca, fluida. El período corto puede parecer hasta asmatológico. Pero, no. Pronto una adrierte que se trata de un correr a terno corto y veloz, nada esperable en hombre de tan largas piernas, cuyo natural curso sería a largo y rítmico tamen. En "Hijo de Ladrón" se respira una atmósfera de elaborado dramatismo. El destino asoma barbaresco y alica sus soliloquios inevitables. Asistimos a hipocrita asignatura de pillerías, que podríamos calificar de vitales. El protagonista no es un pícaro, porque el pícaro funciona a contramano, en ambiente que le impone la vida; Rojas muere a su tipo en un ambiente que se enmatiza con la vida, que la obliga, que establece el itinerario ineluctable de la muerte. Poeta en retiro, el retirado, las metáforas se le meten por los bucos de la prosa, anochandando asombrosamente de colores perennos.

Una vez alguien sugirió un cotejo entre las protagonistas de vida aventurera que asuman en las obras de Barrios, Joaquín Edwards y Rojas. Sostengo que son incomparables. Cada sería de ellos poete atributos propios de la vida de su respectivo autor. Los de Rojas como que se preocuparan menos de la sociedad, como que fuesen más autónomas, como que se sirviesen disculpar tranquilamente, sin empujones extrínsecos, sometidos a su propia ley. Y esa ley la dicta este alma moreno, cuyos gruesos labios, brevemente apretados, estrangulan el grito, desfilan el suspiro y hasta retardan la voz, hasta que el hervor interno rompe la voluntad y se revela en un cuento o una novela. Este Manuel Rojas es un gran poeta en prosa, un autobiógrafo pudoroso que inventa personajes para trasparecer su propio mensaje. Que, no obstante, luce a regañadientes la marca a fuego de su secreto y generoso autor. De toda suerte un gran novelista, un hombre austero, un poeta de verdad.

F. A. S.

Manuel Rojas [artículo] Luis Alberto Sánchez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez, Luis Alberto, 1900-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1954

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Rojas [artículo] Luis Alberto Sánchez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile